

San José, Costa Rica, febrero de 2007

Querido Maestro:

A la entrada de la Corte Interamericana de Derechos Humanos se encuentra lo que se conoce como “Salón de los Presidentes”, que es la antigua sala de deliberaciones de la Corte que le tocó encabezar y que ahora alberga los retratos de cada una de las personas que han presidido ese tribunal internacional. ¿Sabía usted que dichos retratos se encuentran dispuestos de tal manera que, curiosamente, el primero que se ve cuando se entra a la Corte es el suyo?

Ex presidente y ex juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, su camino ha sido largo y constante para haber llegado ahí y para, mucho antes de ello, haberse situado como un pilar jurídico en Hispanoamérica. “La vida está hecha de decisiones”, me comentó un día. La suya dio un giro radical cuando, siendo secretario de Estudio y Cuenta, decidió dedicarse a la investigación con el apoyo de su esposa María Cristina (q.e.p.d.) y el consejo de don Niceto Alcalá-Zamora. Esa decisión, así como su implacable deseo de aprender y de compartir lo aprendido, lo han llevado a donde hoy se encuentra.

Es precisamente esto último es lo que quisiera resaltar. Existen muchas personas que llegan a su altura —o ni siquiera eso— y desde allá se encumbran. Si algo más hay que admirarle es su incontenible deseo de aprender y de nunca menospreciar a su interlocutor. No hay día que no esté dispuesto a aprender algo, ni que deje de compartir su conocimiento. Su frase introductoria: “¿Sabía usted que...?” ha llenado innumerables veces mi desconocimiento y me ha provocado el deseo de seguir conociendo.

Usted es amplia y justamente reconocido por su trayectoria jurídica a nivel nacional e internacional. No hay duda de eso. Este homenaje es sólo un ejemplo. Generaciones enteras de abogadas y abogados lo han convertido en pilar de su formación. De hecho, mi primer acercamiento a us-

ted, al igual que muchos estudiantes hispanoamericanos, fue a través de sus libros. Derecho procesal, constitucional, procesal constitucional, internacional, laboral, administrativo, son sólo algunos temas en los que nos ha brindado su saber y pasión. Sin embargo, como buen humanista, su conocimiento no se limita a lo jurídico, sino que trasciende a lo artístico, específicamente al ámbito musical y literario.

Todos los días, en su oficina del Instituto de Investigaciones Jurídicas se escucha diferente fondo musical: música clásica, romántica, barroca. No en balde el ex juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, don Alirio Abreu Burelli, quien además es músico de profesión, admira su profundo conocimiento en el ámbito musical y remembraba constantemente las largas conversaciones al respecto con usted.

En cuanto a lo literario, Dickens, Cervantes, Shakespeare y Tolstoi lo han acompañado a lo largo de su vida. Pero no sólo ellos. Luego de una conversación —mejor dicho, una cátedra— sobre algún tema jurídico, usted, sentado en su escritorio, me preguntaba: “¿Y qué materias está llevando este semestre en Literatura? ¿Siglo de Oro español? Yo no sé mucho de eso, pero ¿sabía usted que...?”. Y así, tal vez sin saberlo, se convirtió, además, en una guía para mí en el ámbito literario. Siempre me he preguntado con cierto desconcierto porqué se habrá deshecho de los cuentos que escribió y que el mismo Agustín Yáñez, gran escritor mexicano y profesor suyo, elogió.

Sea como jurista, historiador, literato o músico, quienes hemos tenido la oportunidad de conocerlo en persona coincidimos en que, además de sabio y modesto —o tal vez justamente por eso—, es un buen hombre o un hombre bueno, que actúa consecuentemente con lo que piensa. Esto, en cualquier circunstancia, es un don admirable.

Durante tres años tuve la oportunidad única de recibir directamente de usted enseñanzas no sólo jurídicas, sino de cultura general y, la más valiosa de todas, de vida. ¿Sabía usted que esto es invaluable y que dichas enseñanzas me acompañan en mi día a día, en el ámbito no sólo profesional, sino personal?

El día que vi aquel retrato suyo por primera vez en la Corte Interamericana de Derechos Humanos ya tenía la fortuna de haber trabajado como su ayudante de investigación. Meses antes, cuando me dirigió la investigación de tesis respecto de la jurisprudencia y funcionamiento de dicho

tribunal, no podía yo imaginarme las consecuencias que eso tendría en mi vida, que me han llevado a donde me encuentro hoy.

Hans Christien Andersen decía que “la gratitud es la memoria del corazón”. Conuerdo con él y por eso le digo: Gracias: gracias por las conversaciones y los silencios, gracias por las enseñanzas y los consejos, gracias por su tiempo. *¿Sabía usted* que eso lo llevaré conmigo toda la vida?

Con afecto y admiración,

Karla I. QUINTANA OSUNA*

* Abogada de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, México.